

LA BAILARINA DE LA COLMENA

2º-3º

Vicente García S.

Zum, zum, zum, la a - be - ja ya se po - sa a
Zum, zum, zum, la a - be - ja ya re - bo - sa al
Zum, zum, zum, la a - be - ja es - tá go - zo - sa de

5 re - ci - bir al - gún ra - yo de sol de ro - ja ro - sa.
con - se - guir al - gún
trans - por - tar al - gún ro - sa.

<https://ideaswaldorf.com/zum-zum-zum/>

En lo alto de un viejo roble, junto a un río cantarín, vivía la colmena “Panal Brillante”. Allí trabajaban miles de abejas: unas limpiaban, otras cuidaban a las crías, otras fabricaban cera y muchas, muchas, salían a recolectar néctar y polen.

Pero había una abeja distinta a todas. Se llamaba “**Zum-Zum**”, y era menuda, de alas Ligeritamente más transparentes que las demás y unos ojos negros brillantes como dos cuentas de lluvia.

Zum-Zum tenía una manía que a veces enfadaba a sus hermanas mayores: no podía estarse quieta.

Mientras las demás caminaban en orden por el panal, ella hacía giros. Cuando había que limpiar una celda, ella dibujaba “ochos” en el aire. Por las noches, en lugar de dormir pegada a sus compañeras, movía el abdomen suavemente como si ensayara un baile secreto.

—Zum-Zum, deja de menear el cuerpo —le decía “Rubby”, una abeja vieja y cascarrabias—. ¡Las abejas serias no bailan! Las abejas trabajan.

—Pero yo trabajo bailando —respondía Zum-Zum con una sonrisa.

Rubby bufaba y se iba a amasar cera.

La única que no se reía de ella era la reina Apisa, una abeja enorme y tranquila que llevaba diez años gobernando la colmena. A veces, cuando pasaba por el lugar donde Zum-Zum ensayaba, la reina se detenía un instante, observaba aquellos movimientos rítmicos y pensaba:

«Hay algo importante ahí. Aunque no sé qué es.»

Un día, el cielo se puso gris. No gris de lluvia, sino gris de calor. El sol apretaba como nunca, y las flores del prado comenzaron a marchitarse.

El “Escuadrón de Exploradoras” —el grupo de abejas más valientes, encargado de buscar nuevas fuentes de comida— salía cada mañana y volvía con las patas vacías.

—*El prado del este está seco* —anunció “Ligerita”, la jefa del escuadrón.

—*El oeste está lleno de avispas cazadoras* —dijo otra.

—*El norte... ni una flor* —murmuró una tercera, bajando la cabeza.

El miedo se extendió por la colmena como una sombra fría. Las despensas de miel, antes llenas hasta el borde, mostraban sus celdillas vacías.

Una tarde, la reina Apisa reunió a todas en el panal central. Su voz, normalmente dulce, sonó grave:

—*Hermanas, nos quedan apenas tres días de comida. Si no encontramos una nueva fuente de néctar antes de que el sol se ponga por tercera vez, muchas de nosotras no veremos la próxima luna llena.*

Un silencio de miedo recorrió la colmena. Algunas abejas jóvenes comenzaron a llorar.

En ese momento, una vocecita se alzó desde el fondo:

—*Majestad... yo quiero intentarlo.* Era Zum-Zum.

Las risas no se hicieron esperar. Rubby casi se atraganta con una gota de miel.

—*¿Tú?* —se burló—. *¿La bailarina? ¡Si apenas si sabes volar en línea recta!*

—*La he visto hacer piruetas en el aire* —añadió otra—. *Eso no sirve para encontrar flores.*

Pero Ligerita, la exploradora jefe, la miró con interés. Recordó que, hacía tiempo, había visto a Zum-Zum regresar de un vuelo solitario con las patas manchadas de un polen morado que nadie conocía.

—*Déjala que lo intente* —dijo Ligerita.

La reina asintió.

Zum-Zum infló el pecho, batió sus alas transparentes y salió volando hacia lo desconocido.

Zum-Zum voló durante mucho, mucho tiempo. Pasó sobre el río donde los sapos cantan al anochecer. Cruzó el bosque de los pájaros carpinteros. Esquivó una telaraña gigante tejida entre dos robles.

El sol comenzaba a bajar cuando llegó a un lugar que jamás había visto: un valle escondido entre colinas, tan secreto que ni las golondrinas lo conocían.

Y allí... ¡flores!

No flores cualquiera. Eran flores moradas como la noche de luna nueva, con pétalos aterciopelados y un aroma tan dulce que parecía miel líquida flotando en el aire. Miles y miles de flores cubrían el valle como una alfombra mágica.

Zum-Zum se dejó caer sobre una de ellas. El néctar era tan abundante que llenó su buche en pocos segundos. Sus patitas se tiñeron de polen morado. Dio una voltereta de alegría en el aire.

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré! —gritó, aunque no había nadie para escucharla.

Pero entonces pensó algo importante. No bastaba con saber que el valle existía. Tenía que decirles a sus hermanas cómo llegar.

—Si vuelvo y solo digo "hay flores al sur", se perderán —pensó—. Necesitan saber la dirección exacta y la distancia.

Zum-Zum se quedó flotando en el aire, mirando el sol que se ponía detrás de las colinas. Y de repente... lo supo.

Regresó volando a toda velocidad. El viento silbaba en sus alas. Las estrellas salieron a recibirla. Cuando llegó a la colmena, estaba agotada, pero feliz.

Todas las abejas la esperaban en la entrada de la colmena.

—¿Encontraste algo? —preguntó Ligerita.

Zum-Zum asintió, sin fuerzas para hablar. Entró al panal, se subió a la pared más oscura y... comenzó a bailar.

Primero, hizo un círculo. Luego, otro. Pero no era un baile cualquiera. De repente, trazó una línea recta en el medio y se movió en forma de 8: derecha, izquierda, derecha, mientras movía el abdomen con todas sus fuerzas, de arriba abajo, como si estuviera temblando de emoción.

—¡Miren! —susurró una abeja joven.

Zum-Zum repitió el 8 una vez, dos veces, tres veces. Cuanto más movía el abdomen, más cercanas estaban las flores. Cuanto más recta trazaba la línea del ocho, más clara indicaba la dirección.

Las abejas se quedaron hipnotizadas. Algunas empezaron a entender.

—¡El 8 apunta hacia el sol poniente! —exclamó Ligerita de repente—. ¡Y la intensidad del meneo dice que está a unos quince minutos de vuelo!

—No —corrigió Zum-Zum, haciendo una pausa y repitiendo el baile con más fuerza—. Mi abdomen se mueve rápido. Eso significa... "menos de diez minutos".

Ligerita sonrió por primera vez en días.

—¡Lo tengo! Flores moradas a menos de diez minutos hacia el sur del roble centenario. ¡Sígueme, escuadrón!

Al amanecer siguiente, un enjambre de cien abejas salió volando tras Ligerita. Zum-Zum fue delante, bailando en el aire para marcar el camino.

Cuando llegaron al valle secreto, todas rompieron en un zumbido de alegría. Llenaron sus patas, sus buches, sus cestas de polen. Regresaron a la colmena cargadas como pequeños helicópteros de felicidad.

Esa noche, la reina Apisa ordenó una fiesta. Pero antes del festín, pidió que todas las abejas se reunieran alrededor de Zum-Zum.

—*Enséñanos tu baile* —dijo la reina.

Zum-Zum, un poco nerviosa, se colocó en el centro del panal. Comenzó a explicar:

—*No es solo mover el cuerpo. Es un mapa. “La línea recta del ocho apunta al sol”. Si bailo con la cabeza hacia arriba, las flores están en dirección al sol. Si bailo inclinada a la derecha, hay que girar a la derecha. Y el meneo del abdomen es un cuentakilómetros. Si me meneo mucho, las flores están cerca. Si me meneo poco, están lejos.*

Las abejas mayores, las que antes se reían, ahora escuchaban con la boca abierta. Rubby, avergonzada, se acercó a Zum-Zum.

—*Perdóname, pequeña. No sabía que bailar era tan importante.*

Zum-Zum le sonrió y le dedicó un pequeño meneo de abdomen. Rubby rió por primera vez en meses.

Aquella noche, todas las abejas ensayaron el baile. Jóvenes y viejas, exploradoras y nodrizas, todas aprendieron a dibujar ochos en la pared oscura. La colmena entera zumbaba al ritmo de la danza.

El invierno llegó, pero “Panal Brillante” estaba preparada. Las despensas rebosaban de miel morada, la más dulce de todas. Ninguna abeja pasó hambre.

Zum-Zum fue nombrada “Maestra de la Danza Permanente”. Cada mañana, antes de que el sol asomara, subía a la pared y bailaba las rutas del día: las flores nuevas, los charcos de agua limpia, los árboles con resina.

Y aunque con el tiempo Zum-Zum envejeció y sus alas se volvieron más frágiles, su baile nunca se perdió. Lo enseñó a cien abejas, y esas cien a otras mil. Porque en “Panal Brillante” aprendieron una verdad que ninguna abeja olvidó jamás:

No hace falta tener la voz más fuerte. A veces, con un baile bien bailado, se puede salvar un mundo entero.

Y si alguna vez, en un día de primavera, ves una abeja hacer piruetas en el aire mientras las demás la siguen... quizá sea una nieta, o una bisnieta, de la gran bailarina Zum-Zum.